

# EREBEA

Revista de Humanidades  
y Ciencias Sociales  
Núm. 3 (2013), pp. 361-386  
ISSN: 0214-0691

## DESCRIPCION E HISTORIA TARDOCOLONIAL EN EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES

María Soledad Lollo\*  
*Universidad Nacional de Rosario*

---

### RESUMEN

En 1771 Alonso Carrió de la Vandra -conocido como Concolorcorvo- inició un viaje a través del Virreinato del Perú con el objetivo de registrar el estado de las postas y oficinas de correo. Mientras cumplía esta misión -que formó parte del plan del reformismo borbónico- redactó *El lazarillo de ciegos caminantes*, un diario de viaje en cuyas páginas se ilustran un sinnúmero de aspectos de los espacios y las sociedades coloniales visitadas. Este artículo se propone analizar las anotaciones realizadas por el viajero para inferir en qué medida éstas dieron cuenta de algunos de los procesos históricos propios de la América española.

---

### ABSTRACT

In 1771, Alonso Carrió de la Vandra -known as Concolorcorvo- began to travel across the Viceroyalty of Peru, with the aim of keeping a record of the existing postal system. While he was fulfilling his official mission, which was part of Bourbon reformism, he drafted *El lazarillo de ciegos caminantes*, a travel journal which illustrated countless aspects of the places and colonial societies visited. This article examines the traveller's notes so as to infer to what extent they explain some of the historical processes characteristic of Spanish America.

---

### PALABRAS CLAVE

siglo XVIII, Virreinato del Perú, diario de viaje, sociedad colonial, Concolorcorvo.

---

### KEYWORDS

the eighteenth century, Viceroyalty of Peru, travel journals, colonial society, Concolorcorvo.

Fecha de recepción: 20 de abril de 2013

Fecha de aceptación: 31 de julio de 2013

---

\* Debo dar las gracias al Dr. Ignacio Martínez por sus valiosos comentarios y sugerencias al manuscrito de este artículo así como el referee anónimo. El resultado final queda solo bajo mi responsabilidad.



## I. INTRODUCCIÓN

Durante el Siglo de las Luces, la América española fue el destino de gran cantidad de viajeros que se consagraron a la búsqueda y transmisión de aquello que consideraban “información útil”. Astrónomos, cosmógrafos, ingenieros, médicos, zoólogos, botánicos y cartógrafos, entre otros, integraron las expediciones científicas patrocinadas por la Corona durante ese siglo. La primera, ocurrida durante el reinado de Fernando VI, estuvo a cargo de Monsieur La Condamine y Según Mary Louise Pratt, con esa expedición- patrocinada también por Francia-, por primera vez el interés de la Ciencia se puso por encima de las rivalidades franco españolas preexistentes<sup>1</sup>. Esta expedición tuvo como objetivo saldar la polémica respecto a la forma de la tierra en el sentido de determinar si la misma estaba aplana- da en los polos o en el ecuador. Por la misma vía continuaron los reinados de Carlos III y Carlos IV: los farmacéuticos Hipólito Ruiz y José Pavón recorrieron Chile y Perú en busca de plantas; el médico y botánico José Celestino Mutis dirigió una expedición en el Virreinato de Nueva Granada; el médico Martín Sessé hizo lo propio en Nueva España; Alejandro Malaspina llevó a cabo su expedición en las colonias asiáticas y americanas...<sup>2</sup>

La mayor parte de los viajeros que se dirigieron a América en ese siglo for- maron parte de expediciones científicas, o de límites<sup>3</sup>, sin embargo, el viajero que aquí nos ocupa no perteneció a ninguno de esos grupos sino que se desempeñó como un funcionario del reformismo ilustrado en América. Alonso Carrió de la Vandera fue designado Inspector de Oficinas Postales entre Buenos Aires y Lima a inicios de 1771 y su misión se enmarcó dentro del conjunto de estrategias destina-

1 Pratt, Marie Louise, *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Ed. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997, Capítulo 2: Ciencia, conciencia planetaria, interiores, p. 42.

2 La biografía de tres de los más importantes viajeros así como el marco en que se efectuaron sus respectivas expediciones puede consultarse en: Pimentel, Juan, *Viajeros científicos: Jorge Juan Mutis y Malaspina*, Ed Nivola, Madrid, 2008.

3 Hubo dos expediciones de Límites en el marco del reformismo borbónico: una al Orinoco y otra al Río de la Plata. Para la región del Orinoco véase Manuel Lucena Giraldo: *Laboratorio Tropical, la expedición de límites al Orinoco 1750-1767*, Ed. Monte Avila Editores Latinoamericana, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1998 y para el Río de la Plata, entre otros, Cayetano Bruno: *Historia de la Iglesia Argentina. Tomo V: La Expedición de Límites. El Tratado de Límites de 1750 y la Guerra Guaraní*, Ed. Didascálica, Rosario, 1990, pp.167-217.

das a afirmar, garantizar y extender la presencia del aparato colonial en América<sup>4</sup>. Por ello resulta más apropiado entenderlo como un funcionario del reformismo (para serlo no necesariamente había que ocupar algún cargo en la administración colonial sino que bastaba con ser un ejecutor de las políticas reales en la Colonia) que como un viajero científico.

En ese marco, el objetivo que perseguía la Corona era optimizar el funcionamiento de las oficinas postales y, para conseguirlo, encomendó a este hombre la realización de un registro del estado de las postas del interior del Virreinato del Perú. Mientras realizaba esta tarea y bajo el seudónimo de Concolorcorvo, redactó un diario de viaje: *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos - Ayres, hasta Lima con sus itinerarios según la mas puntual observacion, y algunas noticias utiles a los Nuevos Comerciantes que tratan en Mulas, y otras historias*<sup>5</sup>. Pesquisas en archivos, atentas lecturas del manuscrito y sagaces investigaciones permiten actualmente afirmar que Alonso Carrió de la Vadera fue el autor de este diario de viaje. Concolorcorvo, presuntamente su criado, fue la máscara tras la cual Carrió de la Vadera prefirió que lo conociésemos<sup>6</sup>.

El viaje de Alonso Carrió de la Vadera se inició con su desembarco en Montevideo y culminó con su llegada a la ciudad capital del Virreinato del Perú,

<sup>4</sup> Las reformas borbónicas intentaron, en términos generales y como objetivo final, recuperar el control de América. Para ello se planteó una reformulación del vínculo con las Colonias para convertirlas en consumidoras y no competidoras de los productos elaborados en la Metrópoli; esto debía ser acompañado por un mayor centralización política (cabe destacar en este sentido la expulsión de los jesuitas en 1767 y el régimen de intendencias) y el reforzamiento del aparato militar. Para más detalles sobre el reformismo en América, véase: Guimerá, Agustín (comps), *El reformismo borbónico*, Alianza Universidad, Madrid, 1996.

<sup>5</sup> Concolorcorvo, *El lazarillo de ciegos caminantes*. Buenos Aires: Emecé, 1997. Aquí trabajamos con esta edición

<sup>6</sup> Alonso Carrió de la Vadera había nacido en Gijón, España. Viajó por primera vez a América en 1746. Su experiencia como funcionario data de 1753 cuando fue corregidor de Chilque y Masques y, años más tarde, en 1767, también en el marco de las reformas borbónicas implementadas en América, condujo de regreso a Europa a los jesuitas expulsados de Nueva España. Murió en 1783 en Lima, Perú. Los datos sobre la vida de Alonso Carrió de la Vadera y los avances en la investigación sobre la “verdadera” autoría de la fuente pueden consultarse en los prólogos de las diferentes ediciones de *El lazarillo de ciegos caminantes*. Véanse, entre otros: Concolorcorvo, presunto autor, “El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima, 1773”, en *Guía de forasteros del Virreinato de Buenos Aires, 1803*, notas bibliográficas y biográficas por Martiniano Leguizamón. Buenos Aires: Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana n° 4, 1908; Concolorcorvo, presunto autor, *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima, 1773*. Buenos Aires: Ed. Argentinas Solar, 1942 (prólogo José Luis Busaniche); Concolorcorvo, presunto autor, *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*. París, Desclée de Brouwer, 1938. Biblioteca de Cultura Peruana, Primera serie, n° 6 (prólogo Marcel Bataillon) y, finalmente, la síntesis de Emilio Carrilla: “Irradiación bibliográfica de El lazarillo de ciegos caminantes”, en *homenaje al Instituto de Filología y Literaturas hispánicas “Dr. Amado Alonso” en su cincuentenario*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Buenos Aires, 1975, pp. 55-62

Lima, sede de las autoridades virreinales. Si bien el Virreinato se encontraba dividido jurisdiccionalmente en gobernaciones, la división política del espacio no se correspondía con su integración económica. El conjunto que en el siglo XVII conformó el “espacio peruano” abarcó parte de los territorios que, más tarde, conformarían los Estados Nacionales de Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia y Perú<sup>7</sup>. El espacio peruano fue reconocido por Carlos Sempat Assadourian como una de las grandes zonas distintivas de la América española de comienzos del siglo XVII puesto que conformaba un verdadero y completo espacio económico con el siguiente diseño: estructura asentada sobre uno o más productos que sostenían el intercambio con la Metrópoli acompañado, este último, de una especialización regional del trabajo que generaba un sistema de intercambios dentro del complejo. Además, la Metrópoli se comunicaba directamente con cada zona y negaba la relación existente entre ellas. El espacio peruano se caracterizó por su alto grado de autosuficiencia económica y su máximo nivel de integración regional, un complejo donde las producciones se creaban y consumían en su interior<sup>8</sup>. Potosí, centro productor de plata, y Lima, como centro político y puerto del monopolio comercial, fueron los “polos de crecimiento” que irradiaron impulsos capaces de promover actividades económicas en zonas distantes como el Valle de Cochabamba y, más aún, Chile y Córdoba, entre otras<sup>9</sup>. Con el transcurso de las décadas, la autonomía americana relativizó el rol preponderante que Assadourian le había otorgado a la minería pues, gradualmente, la producción y los intercambios de mercancías procedentes de los diferentes ámbitos locales se realizaron independientemente de las fluctuaciones de aquella actividad siendo el comercio interregional la parte más visible de esto último<sup>10</sup>. La empresa que debió llevar a cabo Alonso Carrió de la Vadera en el último tercio del Siglo XVIII, como mostraremos más adelante, dio cuenta, aún en las postrimerías de la Colonia, de la persistencia de esta integración del espacio y de la interconexión existente entre las regiones visitadas.

En este sentido resulta pertinente una reflexión en torno a las diferencias entre lo que se prescribió desde la Metrópoli y lo que efectivamente se practicó. Aunque las disposiciones borbónicas intentaban restringir el intercambio al comercio entre

7 El concepto fue construido por el historiador Carlos Sempat Assadourian y trabajado extensamente en su obra *El sistema de la economía colonial. El mercado interior, regiones y espacio económico*. México: Editorial Nueva Imagen, 1983.

8 Idem, p. 129-130.

9 Para un detalle de las actividades económicas de las regiones que integraban el espacio peruano y su engarce dentro de este conjunto, véase: Carlos Sempat Assadourian, “Sobre un elemento de la economía colonial: producción y circulación de mercancías en el interior de un conjunto regional”, en Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de ...*, pp. 155-254.

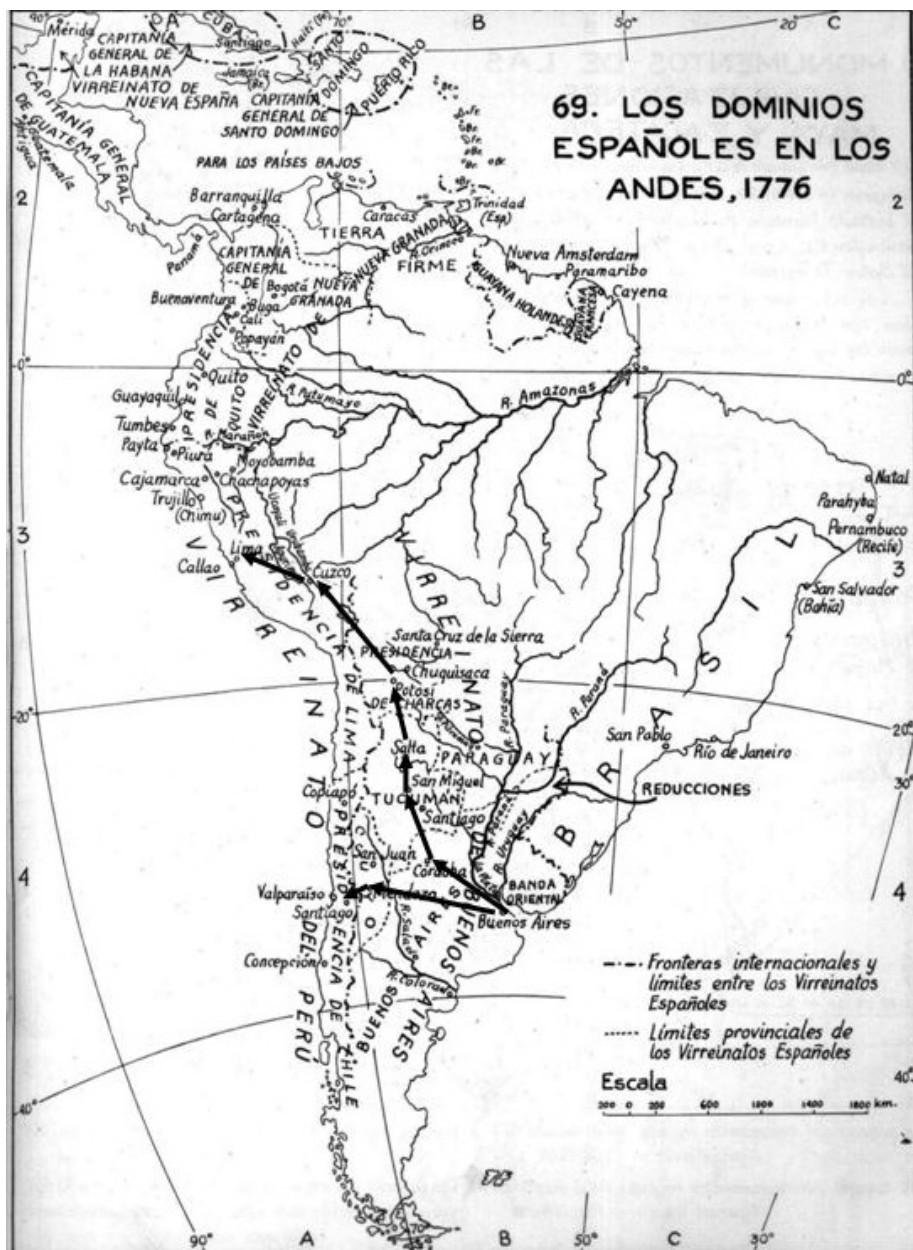
10 Véase una síntesis sobre la materia en Zacarías Moutoukias, “El comercio interregional”, en *Historia General de América Latina*, Vol. III, Tomo 1, París, Ediciones Unesco – Editorial Trotta, 2000, pp. 133-149.

colonias y metrópolis, de hecho las distintas regiones colocaban sus productos en lugares distantes merced al comercio interregional. No era deseable, por ejemplo, el contacto entre las distintas regiones americanas pero, a medida que el espacio americano lograba su autosuficiencia, las regiones comerciaban entre sí a pesar de la prohibición prescripta desde España.

La configuración del espacio peruano se articuló, en parte, sobre el proceso de urbanización que se había iniciado en el siglo anterior. A los centros urbanos prehispánicos como Cuzco y Tenochtitlan se les sumaron una constelación de centros poblados de distinta jerarquía<sup>11</sup>. El mayor rango le correspondió a las ciudades donde, desde la etapa colonial temprana, los conquistadores proyectaron su experiencia urbana diseñándolas tal cual las habían imaginado. Aunque en algunos casos el pragmatismo condicionó el diseño urbano, cuando fue posible, los colonizadores siguieron distintos modelos como el plano rectangular de Santa Fe de Granada o los preceptos de la ciudad ideal del clásico Vitrubio. En 1580 existían más de 200 ciudades permanentes; para 1630 ya eran más de 300; y, si bien la escalada se desaceleró durante el siglo XVII, en el transcurso del siglo siguiente el reformismo borbónico reactivó la actividad fundacional. *El lazarillo de ciegos caminantes*, tal como lo anticipa su título completo, tiene como eje la travesía por las ciudades, parajes, poblados y postas existentes entre Buenos Aires y Lima (ver mapa).

En su tránsito por esta constelación de ciudades, Alonso Carrió de la Vandra constató la presencia de grupos pertenecientes a distintas etnias. El fenómeno se remontaba al período prehispánico pues, por entonces, el espacio que luego se llamaría América estaba habitado por un mosaico multiétnico de parcialidades indígenas. El proceso de conquista y colonización, con la irrupción del blanco europeo en el continente trajo aparejado el fenómeno del mestizaje, la incorporación de los negros africanos como fuerza de trabajo incrementó las posibilidades de mezclas y, con el transcurso de las décadas, las combinaciones fueron aumentando. Para el período que nos ocupa, éstas se habían incrementado exponencialmente y la diversidad étnica fue un rasgo insoslayable para quien, como nuestro viajero, observara esta sociedad. Por este motivo, a su modo, la registró y analizó agrupando bajo las categorías y mezclas a los sujetos con los que se cruzó.

11 Para el proceso de urbanización en la América española, véanse, entre otros: Armando De Ramón, *Historia urbana. Una metodología aplicada*. Buenos Aires, CLACSO Ediciones Siap, 1978; Salvador Bernaveú, Antonio Gómez Ferrer, Ramón Gutierrez y otros, *Historia Urbana de Iberoamérica*. Madrid: Colegio Superior de los Colegios de Arquitectos de España, 1987; Alan Durston, "Un régimen urbanístico en la América Hispana colonial: el trazado en damero durante los siglos XVI y XVII", en *Historia*, Vol. 28. Santiago de Chile, 1994, pp. 59-115; Richard M. Morse, "El desarrollo urbano de la Hispanoamérica colonial", en *Historia de América Latina*, Tomo 3. Barcelona: Editorial Crítica, pp. 15-48 y, de publicación más reciente, Manuel Lucena Giraldo, *A los cuatro vientos. Las ciudades de la América Hispánica*. Madrid. Editorial Marcial Pons, 2006.



Principales ciudades del recorrido de Alonso Carrió de la Vandera: Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Potosí, Cuzco, Lima y Santiago de Chile (Arnold Joseph Toynbee y Edward D. Myers, *Estudio de la historia: atlas histórico*, Editorial Emecé, Buenos Aires, 1968, p.131.)



El viajero dio cuenta de las categorías generales (españoles, indios, negros, mestizos y mulatos) pero no tanto los matices con que nos encontramos en América hacia fines del siglo XVIII. Aparecen las categorías más “puras” dado que éstas eran las que el viajero podía reconocer. Sin embargo, no se mencionaban combinaciones más complejas como cayotes, tornatrás, zambos y mulatos<sup>12</sup>

Mientras se desplazaba por el espacio americano, Alonso Carrió de la Vandera caracterizó a la sociedad tardocolonial, se pronunció ante determinadas situaciones y, por momentos, abrió extensos paréntesis para relatar alguna anécdota, emitir algún juicio o efectuar una justificación de la presencia española en América. La narración en su conjunto tiene la lógica de “un ojo que observa mientras se desplaza”<sup>13</sup> donde se destaca el carácter testimonial de las percepciones experimentadas por el viajero. Es por esto que este diario de viaje se ha convertido en un valioso recurso para la labor investigativa de este período. Si bien la lectura de *El lazarillo de ciegos caminantes* por parte de los historiadores estaba en los planes de Alonso Carrió de la Vandera, la misma se concretaría en el mediano plazo. Su objetivo explícito e inmediato fue allanar el camino a quienes se aprestaran a reeditar su travesía, sus interlocutores, los “cansados, sedientos y empolvados caminantes”<sup>14</sup> y, al hacerlo, construyó una representación a través de la cual los historiadores procurarían interpretar la sociedad tardocolonial.

La historiografía se aproximó por primera vez a *El lazarillo de ciegos caminantes* en Argentina a principios de siglo XX cuando allí se inició el proceso de profesionalización de la disciplina histórica. Por entonces, los primeros historiadores argentinos vieron la Colonia como una antesala del Estado Nación y, con el objetivo de “inventar” y escribir la historia nacional, rescataron y transcribieron fuentes entre las que se encontraba nuestro diario de viaje<sup>15</sup>. Hasta mediados del

12 El cayote resultaba de la mezcla de indio con mestizo mientras que el tornatrás era la mezcla de albino con blanca, el mulato la mezcla de africano con europeo y el zambo la mezcla de africano con indígena. Para más detalles véase: Presta, Ana María “La sociedad colonial: raza, etnicidad, clase y género. Siglos XVI y XVII” en: *Nueva historia Argentina, Tomo 2: La sociedad colonial*, Enrique Tandeter (director de tomo), pp. 55-85.

13 Elena Altuna, *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII – XVIII*. Michigan: Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar” y Latinoamericana editores, 2002, p. 227.

14 Concolorcorvo, *El lazarillo...*, p.11.

15 En 1901 se creó la Junta de Historia y Numismática Americana, siendo uno de sus primeros pasos la reimpression de un valioso testimonio del período colonial temprano, el *Viaje al Río de la Plata (1534 – 1554)* de Ulrico Schmidel. Más tarde se rebautizó como Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática, publicando en 1908, ya con este nuevo nombre, dos fuentes del período tardocolonial, *El lazarillo de ciegos caminantes*, de Concolorcorvo y la *Guía de forasteros* de Araujo, a las que se sumaron crónicas jesuíticas y reimpressiones de periódicos. Para más información, véase: “La labor editorial de la junta”, en *La Junta de historia y numismática americana y el movimiento historiográfico en la Argentina: 1893-1938*, Tomo I. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1995, pp. 170-183.



siglo XX, quienes se acercaron a *El lazarillo de ciegos caminantes* buscaron en él *la verdad histórica* o el *verdadero autor* del manuscrito. Desde entonces, este diario se ha convertido en una fuente fecunda para comprender e ilustrar el período tardocolonial en el Virreinato del Perú. No viene al caso efectuar aquí un relato pormenorizado de la cantidad de historiadores que la emplearon (tarea que, por otra parte, no revestiría utilidad alguna)<sup>16</sup>.

El interés de la historiografía por *El lazarillo de ciegos caminantes* se ha renovado desde hace unas dos décadas con el marco del auge de los estudios sobre literatura de viajes y viajeros<sup>17</sup>. Éstos comprenden una amplia gama de documentos tales como diarios, memorias, crónicas, informes de funcionarios y textos de corte netamente literario donde lo documental y lo literario queda entrelazado sin perder nunca su esencia: el *itinerario* es, como en nuestro diario, el protagonista principal que regula la funcionalidad de todos los otros elementos y configura, además, el discurso<sup>18</sup>. Por otra parte, los estudios sobre relatos de viajes condensan perspectivas teóricas y epistemológicas y se proponen un abordaje interdisciplinar en el cual se destacan, acompañando a la historia, los aportes de la antropología y la literatura<sup>19</sup>.

En este trabajo analizaremos *El lazarillo de ciegos caminantes* desde una perspectiva exclusivamente histórica con el propósito de señalar cuándo y en qué

16 Tal bibliografía no fue concebida por sus autores como un estudio de *El lazarillo de ciegos caminantes* y, sin embargo, lo citaron en reiteradas ocasiones Carlos Sempat Assadourian en *El sistema...*, p. 214 o Manuel Lucena Giraldo en *A los cuatro...*, p. 164-165.

17 Véanse, entre otros, Susana Zanetti, "La trama de lectura y escritura en *El lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vándera", en *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de la novela en América Latina*. Rosario: Editorial Beatriz Viterbo, 2002, pp. 20-36, Elena Altuna, *El discurso...*; Altuna, Elena, "Viajes coloniales. Perú siglo XVII", en *Andes N° 11*, 2000, Salta, Argentina, pp. 27-49; Elena Altuna, "Sarmiento, lector de *El lazarillo de ciegos caminantes*", en *Iberoamericana. América Latina, España y Portugal. Ensayos sobre literatura, historia y sociedades*, N°5, 2002, pp.25-36; Pablo Martínez Gramuglia, "Un viajero colonial: escritura e historia en *El lazarillo de ciegos caminantes*", en *Bulletin of Hispanic Studies*, Vol. 84, N°6, 2007, pp. 821-834.

18 Véase Sofía Carrizo Rueda, *Escrituras del viaje. Construcción y recepción de fragmentos de mundo*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2008.

19 En los últimos años, desde la literatura y los estudios culturales se ha puesto el acento en definir como la literatura de viajes producida por escritores europeos y americanos participaron en la fundamentación epistemológica del colonialismo y el imperialismo. Véase: Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales...* Además, pueden consultarse, a modo de ejemplo las siguientes obras para comprender como ha sido abordada la temática en los últimos años: Jorge Montealeone, *El relato de viaje*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 1998; Sandra Fernández, Patricio Geli, y Margarita Pierini (Editores), *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso*. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2008. Asimismo, el relato de viaje se ha asociado al estudio de la historia de la ciencia, véanse, entre otros: Juan Pimentel, *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la ilustración*. Madrid: Marcial Pons Editora, 2003; Marie Nöelle Bourguet, Christian Licoppe and Otto Sibum, *Instruments, Travel and Science: Itineraries of Precision from the Seventeenth to the Twentieth Century*. Londres: Routledge, 2003.

medida las descripciones efectuadas por Alonso Carrió de la Vandera captaron algunos de los procesos históricos desarrollados en el espacio americano. Para acercarnos a las formas en que Carrió de la Vandera aprehendió aquello que vio si viaje, resulta operativa la conceptualización de *representación* elaborada por Roger Chartier. Para este autor, construir tal noción [para el historiador de Antiguo Régimen] "...como el instrumento esencial del análisis cultural es otorgar una pertinencia operativa a uno de los conceptos centrales manejados en estas mismas sociedades (...) en las antiguas definiciones (...) las acepciones de la palabra "representación" muestran dos familias de sentidos aparentemente contradictorio: por un lado, la representación muestra una ausencia lo que supone una neta distinción entre lo que representa y lo que es representado por el otro, por el otro la representación es la exhibición de una presencia de la presentación pública de una cosa o persona"<sup>20</sup>.

Una vez efectuadas las observaciones respecto de los límites de la representación en las fuentes, no desecharemos el concepto de Chartier, sino que, tomándolo y ciñéndonos a la fuente que tenemos entre manos, acotaremos las preguntas que podemos formular. No abarcaremos todo el pasado tardocolonial pero sí podremos preguntarnos: ¿Qué pudieron y qué no pudieron ver los ojos españoles de nuestro viajero en el interior del espacio americano? ¿Qué aspectos le resultaban familiares y ante cuáles se extrañaba? ¿Cuán profundo era su conocimiento de los procesos históricos cuyas aristas se encargó de señalar? ¿Cuáles fueron sus posibilidades concretas de percibir el cambio frente a la duración?

## II. OBSERVACIÓN Y DESCRIPCIÓN DE ESPACIOS CON HISTORIA

El proceso de colonización desestructuró la organización de los pueblos originarios para abrir paso a la estructuración de una sociedad colonial cuya formación económica, dinámica social, política e institucional se conformó y transformó a lo largo de tres siglos. Así, cuando Alonso Carrió de la Vandera recorrió el Vi-

20 Roger Chartier, *El mundo como representación*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1997, p. 57. Esta conceptualización ha recibido críticas pues hubo quienes la consideraron insuficiente para acercarse al pasado porque, sobre todo, subsumía las prácticas en las representaciones. En esa misma publicación, Roger Chartier responde a la crítica que le formulan trayendo, sutilmente, una afirmación que desde la primera generación de Annales constituía un lugar común entre los historiadores: el pasado como tal es inasible. Chartier sostiene que su contrincante pretendería una aproximación más "real" al pasado si dejara de utilizar como instrumento el concepto de representación. En realidad, consideramos que en el debate tras una y otra posición subyace no la "realidad" sino la "materialidad" del pasado. Si asumimos que no sólo son las fuentes la que nos aproximan a él, hemos de pensar cuál es el instrumento capaz de ayudarnos a comprenderlo. En este sentido, Chartier no niega la materialidad porque para él no hay texto fuera de un soporte que lo da a leer y no hay comprensión de un escrito, cualquiera que sea, que no dependa de las formas en que alcanza a su lector. Esta discusión fue publicada en el dossier "Atravesar el espejo", en el que participaron Angelo Torre y Roger Chartier, publicado en *Historia Antropología y Fuentes Orales* 2, 38, España 2007, pp. 5-80.

rreinato del Perú se topó con un espacio socialmente organizado<sup>21</sup>: la dialéctica entre espacio y sociedad y la organización del primero por parte de la segunda se observaron no sólo en cada uno de los registros de *El lazarillo de ciegos caminantes* sino también en la dirección misma de su trayectoria. De hecho, el camino entre Buenos Aires y Lima fue resultado de la organización social del espacio posterior a la conquista pues en el período prehispánico el extremo austral del continente se encontraba vertebrado con una dirección este –oeste, según la articulación de los espacios de costa, sierra y selva del “modelo vertical” planteado por Murra<sup>22</sup>. Después de la llegada de los españoles, ésta fue eclipsada por la articulación norte –sur en la que, en el último tercio del siglo XVIII, Alonso Carrió de la Vandera inscribió su trayectoria principal. De hecho, el camino entre Buenos Aires y Lima fue resultado de la organización social del espacio posterior a la conquista. La articulación este – oeste (Buenos Aires – Santiago de Chile), por su parte, ocupó un lugar marginal en el relato.

En lo que sigue, nos proponemos dilucidar si los registros referidos al comercio interregional, el diseño de red de urbanización y de las ciudades, y la presencia de actores sociales pertenecientes a distintos grupos étnicos que aparecen en *El lazarillo de ciegos caminantes* dieron cuenta de una profundidad histórica. O, lo que es lo mismo, si el viajero informó en su relato acerca de los factores que hicieron que los espacios y sociedades de sus descripciones llegaran a ser lo que fueron cuando él efectuó su registro.

#### A. EL COMERCIO INTERREGIONAL

Alonso Carrió de la Vandera se desplazó por un espacio histórico integrado a partir de la vertebración de regiones en el cual no tiene sentido interpretar los tramos de la travesía de manera aislada. Las economías regionales no producían para su subsistencia sino que colocaban sus productos en lugares distantes merced al comercio interregional<sup>23</sup>. La yerba del Paraguay, el vino de Arequipa, los tejidos de Quito, el trigo chileno, el cacao de Caracas o el tabaco de Cuba se consumían en ciudades muy alejadas de la región donde se producían y para transportarlas se utilizaban animales y carretas que se desplazaban por las mismas rutas que nuestro viajero.

21 Aquí tomamos el concepto de “organización social del espacio” propuesto por García de Cortázar quien parte “(...) del deliberado reconocimiento de tres realidades que históricamente se entrelazan de manera dialéctica: un espacio, una sociedad, una organización del primero por la segunda. (...) [y] otorga especial relevancia a aspectos relacionados con las modificaciones experimentadas en la organización de un espacio concreto, como consecuencia de las decisiones tomadas por una sociedad concreta en unos momentos precisos. (...)”, en José Ángel García de Cortázar, *La organización del espacio en la España medieval. La corona de Castilla en los siglos VII al XV*, Ariel, Barcelona, 1985, p. 7.

22 Murra, J. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Ed. IEP, Lima, 1975.

23 Zacarías Moutoukias, “El comercio ...”.

*El lazarillo de ciegos caminantes* dejó ver ciertos aspectos de esta articulación regional en varias partes de su itinerario. Al principio, en Buenos Aires, se sorprendía porque aun en las calles más remotas se ven tiendas de ropas, que creo que habrá cuatro veces más que en Lima, pero todas ellas no importan tanto como cuatro de las mayores de esta ciudad, porque los comerciantes gruesos tienen su almacenes, con que proveen a todo el Tucumán y algo más<sup>24</sup>.

Si bien no aclara mediante qué mecanismos estos comerciantes proveían al Tucumán, la articulación entre las regiones aparece mostrando a Buenos Aires como centro proveedor. Distinto es el caso de Potosí donde el viajero comprueba que la villa está siempre bien abastecida de alimentos comunes, que *concurren de los más dilatados valles*, por los muchos españoles que se mantienen en ella. El congrio seco que llega de la costa de Arica, se puede reputar por el mejor pescado fresco, y se vende a un precio cómodo<sup>25</sup>.

En este caso, Potosí es una ciudad receptora y el valle de Cochabamba funciona como región proveedora: la región, señaló el viajero, “se provee de los principales bastimentos del fértil valle de Cochabamba, como también Potosí. El azúcar, vino y otras bebidas, como asimismo las aceitunas, pasas y almendras, llegan de gran distancia”<sup>26</sup>. La procedencia o el destino de los productos observados en las distintas ciudades son apuntados por el viajero con un tono descriptivo, proceder éste que resulta coherente con su objetivo explícito: orientar a los futuros caminantes. A éstos, posiblemente, sólo les interesaría saber de qué efectos podían proveerse en cada uno de los tramos del camino sin importar cómo llegaron hasta allí<sup>27</sup>.

Sin embargo, el comercio interregional fue la actividad que permitió a los comerciantes de Buenos Aires proveer al Tucumán y a la ciudad de Potosí abastecerse de alimentos desde “los más dilatados valles”. Dicha actividad se halla invisibilizada en el diario de Alonso Carrió de la Vándera puesto que no se la menciona explícitamente sino a través de sus manifestaciones más visibles como la presencia de comerciantes en Buenos Aires o el congrio que llega a Potosí desde Arica. Aunque no se detallan los mecanismos que hicieron posible esta dinámica interna, la presencia de la esfera de la circulación resultó insoslayable. El viajero percibió su gravitación y registró cuales fueron sus expresiones en el espacio interior ameri-

24 Concolorcorvo, *El lazarillo ...*, p. 43.

25 *Ibidem*, p. 145. El subrayado es nuestro.

26 *Ibidem*, p. 162.

27 Esta mirada alimentó a la historiografía colonial durante décadas en el sentido de que ésta no formuló preguntas conducentes a revelar los mecanismos internos de la dinámica económica del espacio y, como es sabido, se orientó preferentemente al sector externo expresado, sobre todo, en las remesas que se dirigían a la Metrópoli. La trivialidad cotidiana y la frecuente aparición de situaciones similares a las descritas por Alonso Carrió de la Vándera fueron citadas reiteradamente en la literatura pero no supusieron un estudio sistemático del fenómeno. El mismo constituye “una de las renovaciones más importantes de nuestra percepción de la economía y sociedad coloniales”, en Zacarías Moutoukias, “El comercio...”, p. 133.

cano: los animales utilizados como medio de transporte, el comercio de mulas y las carretas. Sostuvo Alonso Carrió de la Vandera que para la ciudad de Córdoba,

Su principal trato es la compra de mulas tiernas en los pagos de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes que traen a los potreros de Córdoba a invernar donde también hay algunas crías, y después de fortalecidas y robustas las conducen a las inmediaciones de Salta, donde hacen segunda internada (...) Allí hacen sus tratos con los que bajan del Perú a comprarlas<sup>28</sup>.

Luego destaca que Jujuy “puede servir de mucha utilidad para dar descanso a las mulas y caballos que vienen fatigados de Potosí o de la provincia de los Chicas”<sup>29</sup>. Y aparece, una vez más, la articulación con otros mercados regionales:

Su principal comercio es la cría del ganado vacuno, que venden a los hacendados de Yavi y Mojos, y para las provincias de los Chicas y Porco, en donde se hacen las matanzas para proveer la carne, sebo y grasa a la gente que trabaja en los muchos minerales de plata que hay en las riberas que llaman de Potosí<sup>30</sup>.

Además, las mulas “llegaron atrasadas al congreso de Salta, de algunos pegujaleros y otras deshechas por flacas, que invernan en sus potreros el espacio de un año. Tengo motivo suficiente para creer que este ganado sea muy propósito para el Perú”<sup>31</sup>.

Las investigaciones históricas confirmarían que Salta fue el nexo más importante a donde concurrían los tratantes de mulas<sup>32</sup>. Sin embargo, aún sin conocer la coyuntura y la estructura que las envolvían, tal situación fue percibida por nuestro viajero. No sólo destacó la presencia de mulas constatada hasta entonces sino que la siguió verificando y registrando en lo que siguió del camino hasta Lima. Las mulas y algunos de los factores que podrían obstaculizar la circulación reaparecieron una y otra vez: “Los arrieros que entran con bastimentos de provincias distantes, llegan con sus mulas tan estropeadas, que apenas pueden con el aparejo. Las de los indios, que proveen de carbón diariamente, están en peor condición”<sup>33</sup>.

En el camino hasta Oruro, por su parte, “Las mulas [están] flacas, porque el país es estéril, y el ganado menor y los hielos aniquilan el poco pasto”<sup>34</sup>. Entre Guanta y Parcos, antes de llegar a Huancavélica, el camino “no se puede hacer

28 Concolorcorvo, *El lazarillo...*, p. 57.

29 *Ibidem*, p. 116.

30 *Ibidem*, p. 117.

31 *Ibidem*.

32 La trata de mulas y sus antecedentes han sido trabajadas por Nicolás Sánchez Albornoz en “La saca de mulas de Salta a Perú, 1778-1808, Rosario: *Anuario del Instituto de Investigaciones históricas de la Universidad del Litoral* N°8, 1965, pp.261-312 y Nicolás Sánchez Albornoz, “La extracción de mulas de Jujuy al Perú. Fuentes, volúmenes y negociantes”, en *Estudios de Historia Social*, Buenos Aires, 1965, pp. 107-120.

33 Concolorcorvo, *El lazarillo...*, p. 146.

34 *Ibidem*, p. 161.

en un día con carga doble sin remuda de mulas, porque (...) se cubren de sudor y fatigan en sumo grado (...) Las mulas no pueden dar cuatro pasos sin pararse a resollar. Muchas se caen rendidas"<sup>35</sup>. Y así continúa prácticamente hasta el final de la travesía.

Por otra parte, todos estos caminos se recorrían generalmente en carretas. Alonso Carrió de la Vandra conocía perfectamente la relevancia de este medio de transporte ya que no sólo él mismo viajó en carreta sino que se ocupó de describir-las exhaustivamente. En su paso por San Miguel de Tucumán dedicó un apartado especial a la *Descripción de una carreta* que no se redujo a su caracterización física sino que se extendió al resto de las actividades que conllevaba la realización de un viaje por este medio: sus características físicas las necesidades y el tratamiento de los bueyes que tiraban de ellas, las dificultades que se presentaban en los distintos tramos de la travesía, las remudas, la extensión de las jornadas, los descansos de los caminantes, las circunstancias de carreteros y fletadores, entre otros aspectos<sup>36</sup>.

En realidad, aunque la alusión haya sido implícita, el comercio interregional permaneció subyacente en el diario de viaje puesto que la razón principal que motivó su escritura fue la importancia que los coetáneos -y más precisamente los viajeros- otorgaron al conocimiento de las características y el estado de las rutas interiores del virreinato. No eran ni más ni menos que rutas comerciales que, en algunos casos, ya habían sido trazadas por los pueblos indígenas -sobre todo en el área de influencia del incanato-, mientras que otras fueron dibujadas por los españoles. De acuerdo con los párrafos citados, el viajero no supuso que este escenario podría cambiar en el futuro; al contrario, su descripción sugiere un panorama estático con el que los viajeros habrían de encontrarse en lo sucesivo. Es decir que en el diario de viaje no constatamos una preocupación por explicar la profundidad histórica y la posibilidad de cambio de estos hechos que formaban parte de la cotidianidad en el Virreinato del Perú. Sin embargo, en la descripción de las carretas, en la alusión a la presencia de mercancías en lugares alejados de los de su producción y en el constante advenimiento de animales de transporte, Alonso Carrió de la Vandra elaboró un registro de corte descriptivo que dio cuenta de cuáles eran los aspectos de la realidad susceptibles de ser captados por un español en el espacio americano.

## B. LAS CIUDADES COLONIALES

Alonso Carrió de la Vandra se desplazó por las rutas que vertebraron la red de urbanización del virreinato. Dentro de los asentamientos que conformaron esta red, aquéllos investidos con el estatuto de ciudad fueron los que gozaron de mayor jerarquía. Además, cada una de las ciudades fue una urbe en el sentido físico y

35 *Ibíd.*, p. 246.

36 *Ibíd.*, pp. 69-77.

político con rasgos determinados que las caracterizaron<sup>37</sup>. Uno de los rasgos más significativos del trazado urbano en América fue el sistema de damero, con una plaza cuadrada a partir de la cual se erigían los distintos edificios y se distribuían los solares: “No hay nada tan americano como una plaza mayor”<sup>38</sup>. Por cierto, Alonso Carrió de la Vadera las registró tanto en Buenos Aires donde, “delineada a la moderna (...) la plaza es imperfecta”<sup>39</sup> como en Córdoba donde: “La ciudad es casi cuadrada, con siete iglesias, incluso la plaza mayor, a donde está la catedral, que tiene una perspectiva irregular porque las dos torres que tiene a los dos cantos de la fachada no exceden en altura a la media naranja”<sup>40</sup>.

En la descripción de las ciudades comprobamos la adecuación del relato a uno de los cánones de la época: las noticias—que en muchos casos proporcionaban los viajeros—acerca de las ciudades coloniales siempre proporcionaban como información ineludible datos sobre la cantidad de iglesias, conventos y monasterios<sup>41</sup>. Su registro ofrece, sin duda, un hilo conductor para analizar el fenómeno urbano en la América española. En todas las ciudades Alonso Carrió de la Vadera se detuvo a dar noticia sobre el particular. Su primera imagen es la de Montevideo y su campaña, fundada pocas décadas atrás, en donde “no hay más que un cura (...) tiene un ayudante y cinco sacerdotes avecindados (...) Hay un convento de San Francisco, con ocho sacerdotes, tres legos y tres donados”<sup>42</sup>. La descripción es modesta pero ahí está. En Córdoba, en cambio, explicitó su valoración negativa puesto que, posiblemente, le resultaba más difícil comprender la situación de carestía en una ciudad con más riqueza y mucha más historia que Montevideo: “Es digno de reparo que una provincia tan dilatada y en que se comercian todos los años más de seiscientos mil pesos en mulas y vacas (...) estén las iglesias tan indecentes que causa irreverencia entrar en ellas”<sup>43</sup>. Más adelante, en Potosí, el viajero se sorprende porque pese a su riqueza, no hay en esta villa un edificio suntuoso, a excepción de la actual caja de moneda, costeadada por el Rey, que es verdaderamente magnífica, y un modelo de la de Lima en las piezas bajas y algunas oficinas altas, pero el resto, incluyendo la vivienda del superintendente, se compone de piezas estrechas<sup>44</sup>.

Los parámetros que trajo consigo el viajero lo condujeron a destacar la suntuosidad o la modestia de estos edificios pero en ningún momento se preguntó por

37 Manuel Lucena Giraldo, *A los cuatro...*, pp. 67-69.

38 *Ibíd.*, p. 69.

39 Concolorcorvo, *El lazarillo...*, p. 43.

40 *Ibíd.*, p. 56.

41 Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2009, p. 56.

42 Concolorcorvo, *El lazarillo...*, pp. 31-32.

43 *Ibíd.*, p. 56.

44 *Ibíd.*, p. 145.



las peculiaridades de los procesos de los que resultaron tales diferencias. Al respecto, merece una mención especial el Cuzco, antigua capital del Tahuantinsuyu:

La plaza mayor, adonde está erigida la catedral, templo y casa que fue de los regulares de la compañía, es perfecta y rodeada de portales, a excepción de lo que ocupa *la catedral y colegio, que son dos templos que pudieran lucir en Europa*<sup>45</sup>.

El viajero destacó nuevamente el emplazamiento de la plaza mayor pero no hizo lo propio con la catedral de esa ciudad. Sorprende la escasa atención dispensada a su descripción puesto que se trataba de una de las más imponentes de la América española, cuya construcción requirió varias décadas, cuantiosos recursos y cuya grandeza habría sido capaz de asombrar a cualquier observador. La misma merecería una frondosa descripción si los lectores de la fuente no hubiesen sido europeos pero, como lo fueron, y dado que lo descrito contaba con un equivalente en Europa, Alonso Carrió de la Vandra no abundó en detalles: los destinatarios de su escrito ya sabían de qué se trataba.

Las continuas referencias a los edificios de culto prosiguieron, con distintos matices, hasta llegar a Lima, al final del periplo. En esa ciudad, el viajero indicó las limitaciones que suponía la tarea de representar la capital virreinal: “pretendí hacer una descripción de Lima, pero el visitador me dijo que era una empresa que no habían podido conseguir muchos hombres gigantes, y que sería cosa irrisible que un pigmeo la emprendiese”<sup>46</sup>. La excepcionalidad de Lima ya había sido destacada desde el siglo XVI por los cronistas:

la iglesia mayor, que es iglesia catedral y está feita por la traza de la iglesia mayor de Sevilla (...) tienen muchas capillas y muchas riquezas de oro y plata labrada dentro de sí y lo mismo [las] casas del arzobispo (...) toda está llena de mercaderes locales donde hay grandes riquezas (...) tiene Lima quince monasterios de frailes, monjas y teatinos. Tiene cuatro hospitales donde recogen pobres y curan enfermos (...) Las criollas de Lima y de todos los llanos de Perú son las mujeres más hermosas y de más lindos talles que tiene el mundo, son discretas, de lindo brío, airosas (...) vístense gallarda y costosamente; todas generalmente visten seda y muy ricas telas y terciopelos de oro y plata fina (...) los hombres son galanes y bizarros<sup>47</sup>.

Dos siglos después de su fundación ocurrida en 1535, la ciudad fue prácticamente destruida por el terremoto de 1746. Para el momento en que se produjo el arribo de Alonso Carrió de la Vandra, Lima se había vuelto a edificar de acuerdo con los parámetros de las ciudades ordenadas del Siglo de las Luces: rasgos como la preocupación por la sanidad, la construcción de alamedas, empedrados en las

45 *Ibíd.*, p. 185. El subrayado es nuestro.

46 *Ibíd.*, p. 266.

47 *Descripción del Virreinato del Perú. Crónica inédita de comienzos del siglo XVI*. Rosario: Editorial de la Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras y Ciencias de la Educación, 1958, pp. 32-40.

calles, entre otros<sup>48</sup>, fueron los observados preferentemente por nuestro viajero. Notó que el Virrey Amat “decoró mucho esta ciudad en paseos públicos y otras muchas obras convenientes al Estado”<sup>49</sup>. Sin embargo, la impronta local del proceso de reconstrucción fue el temor a que los indios bárbaros convirtiesen a la ciudad en un campo de batalla, lo cual da cuenta de procesos históricos que condicionaron el modo en que se llevó a cabo la reedificación de la ciudad de Lima descrita en *El lazarillo de ciegos caminantes*<sup>50</sup>.

En Lima, siendo que se trataba de la capital del virreinato, Alonso Carrió de la Vandra no pudo eludir la mención de la autoridad en América: el virrey Amat. La referencia a las autoridades y, junto con ellas, a los edificios pertenecientes a las instituciones coloniales también fue un rasgo que se repitió en la mayoría de las ciudades porque, igual que en España, las ciudades eran la urbe política, la sede de las autoridades. En general, el viajero nombró a algunos de los funcionarios residentes y algunos edificios integraban su diseño urbano. Si bien es irregular la atención con que se ocupó de unos y otros a lo largo del recorrido, notamos que la información sobre estos aspectos persiste en todo el relato. En Montevideo citó a los responsables de su fundación ocurrida en 1731 y al gobernador, al mariscal de campo, el comandante del puerto, el administrador de correos de mar y tierra y el interventor. Sin embargo, en cuanto a las edificaciones, sólo hallamos una escueta referencia al convento de San Francisco y “una fortaleza que sirve de ciudadela, y amenaza ruina por mal construida. Una distancia grande de la playa guarnece una muralla bien ancha de tapín, con gruesos y buenos cañones montados”<sup>51</sup>. La ciudad de Montevideo había sido fundada para contrarrestar la influencia de Colonia de Sacramento, fundada por los portugueses frente a Buenos Aires. Las dos primeras se encontraban en la banda septentrional del Río de la Plata, región donde en este período se disputaban la soberanía las Coronas de España y Portugal, todo ello durante el proceso denominado “atlantización” iniciado en el siglo anterior.<sup>52</sup> Lo

48 Manuel Lucena Giraldo, *A los cuatro ...* Ver capítulo IV, “El simulacro del orden: la ciudad ilustrada”, pp. 129-172.

49 *Ibidem*, p. 269.

50 Alonso Carrió de la Vandra advirtió sobre esta situación, en un posicionamiento que dio cuenta de su percepción respecto a la problemática indígena sobre la que volveremos más adelante. Para profundizar sobre el proceso de reconstrucción de Lima y la inserción del discurso de Alonso Carrió de la Vandra entre sus coetáneos, véase: Gabriel Ramón, “Urbe y orden: evidencias del reformismo borbónico en el tejido limeño”, en Scarlett O’Phelan Godoy (comp.), *El Perú en el siglo XVIII: la era borbónica*. Lima: Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, 1999, pp. 295-324.

51 Concolorcorvo, *El lazarillo...*, p. 31.

52 El concepto de atlantización fue utilizado en la interpretación realizada por Stein, S.J. y Stein, B., *La herencia colonial en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1970, luego fue retomado por, entre otros, Garavaglia, Juan Carlos, *Mercado interno y economía colonial*, Ed Grijalbo, México, 1983.

más relevante a los ojos del viajero fueron, en esta ciudad de frontera, sus dispositivos para la defensa. En Buenos Aires la situación es similar: también se encontraba pertrechada para la defensa, pues, además de la plaza y el cabildo, contaba con un fuerte donde residía la guardia del gobernador:

Todo el fuerte está rodeado de un foso bien profundo y se entra en él por puentes levadizos. La casa es fuerte y grande, y en su patio principal están las cajas reales. Por la parte del río tienen sus paredes una elevación grande, para igualar el piso con el barranco que defiende al río<sup>53</sup>.

El viajero destacó, además, la presencia de funcionarios como Juan José de Vértiz, Bartolomé Raymundo Muñoz, Melchor Albín y Nicolás Ferrari de Noriega. En otras ciudades, como Córdoba, Tucumán, Salta, no se mencionaron dispositivos de defensa y solo apareció alguna mención escueta de algunos de sus funcionarios. Tales fueron las percepciones de Alonso Carrió de la Vandera. Siendo él un funcionario que se desempeñó en el ámbito urbano, consideró relevante el registro correspondiente a los funcionarios designados en las distintas ciudades coloniales. Del mismo modo, lo sorprendieron los emplazamientos de dispositivos de defensa allí los encontró y por ello se encargó de anotarlos<sup>54</sup>. Sin embargo, cabe señalar que hubo otros funcionarios a quienes, en el mismo período, les fueron asignadas misiones en los márgenes del Imperio pues el Estado borbónico pretendió extender su poder hacia los espacios no sometidos garantizando allí su presencia.

En síntesis, en el itinerario seguido por Alonso Carrió de la Vandera encontramos ciudades prehispánicas como Cuzco, ciudades de reciente fundación como Montevideo, ciudades fundadas en el siglo XVI como Córdoba, Buenos Aires y Salta, y ciudades surgidas espontáneamente como Potosí. Sin embargo, el estilo con que el viajero describió a cada una de ellas puede asimilarse al aplicado cuando señaló los productos que podían hallarse en las distintas regiones del virreinato. Al igual que en el apartado anterior, la localización de las ciudades condicionó su trayecto pero en sus registros no se advierte una reflexión que conduzca a

<sup>53</sup> *Ibíd.*, p. 43.

<sup>54</sup> Al respecto, Manuel Lucena Giraldo resume y reflexiona en torno a la política borbónica de fronteras en "El reformismo de frontera", en Guimerá, Agustín (comp.), *El reformismo borbónico*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1996, pp. 265-275. No es éste el lugar para extendernos sobre el asunto pero podemos adelantar que, lógicamente, serían muy distintas las noticias enviadas por nuestro viajero de las remitidas, por ejemplo, por Diego de Alvear o Félix de Azara desde los territorios fronterizos que España se disputaba con Portugal. Véase: Diego de Alvear, *Relación histórica y geográfica de la provincia de Misiones*. Resistencia: Instituto de Investigaciones Geohistóricas, 2000; Teodoro Becú y José Torre Revello, *La colección de documentos de Pedro de Angelis y el diario de Diego de Alvear*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones históricas, 1941; Félix de Azara, *Escritos fronterizos*. Madrid: ICONA, 1994; Félix de Azara, *Diario de navegación y reconocimiento del río Tebicuarí* (obra póstuma, primera edición). Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.

revelar por qué cada una de las ciudades se erigió en el sitio y con las particularidades con que el viajero las halló. En este mismo sentido, no hubo una alusión a los procesos históricos que hicieron que cada una de ellas se convirtiera en un tipo de ciudad diferente: Montevideo una ciudad amurallada, Lima una ciudad puerto... Sin embargo, semejante reconstrucción histórica no estaba en los planes de nuestro viajero porque los datos que podía aportar -no sabemos si los conocía- no revestirían utilidad práctica para otros viajeros.

### C. LA SOCIEDAD COLONIAL

Además de la cuestión edilicia y autoridades, en el *Lazarillo de ciegos caminantes* se consignaron los grupos humanos que habitaban las ciudades. La impronta marcada por el factor étnico no pasó inadvertida ante los ojos de Alonso Carrió de la Vandra y, por la relevancia de este aspecto, que bien podría consignarse como uno de los aspectos de las ciudades, le dedicaremos un apartado especial.

La historiografía ha calificado a la sociedad tardocolonial como una pigmentocracia o una sociedad de castas<sup>55</sup>. En el primer caso porque el color de la piel determinaba el lugar que a cada uno le correspondía y en el segundo porque el término “castas” era lo suficientemente amplio como para abarcar el abanico de posibilidades de *mezclas* que se presentaban. Sin embargo, aquí preferimos referirnos a ésta, sencillamente, como una *sociedad colonial*<sup>56</sup> puesto que de este modo se distingue de las sociedades europeas de Antiguo Régimen y, al mismo tiempo, resulta factible incluir en su definición la especificidad que le otorga la preeminencia del factor étnico.

La creación de una sociedad dual había sido uno de los anhelos del período colonial temprano, cuando las autoridades metropolitanas fantasearon con perpetuar la segregación de los grupos a partir de la creación de las repúblicas de indios<sup>57</sup>. No obstante, contraviniendo la prescriptiva oficial, las uniones entre los

55 Ramón María Serrera, “Sociedad estamental y sistema colonial” en Antonio Annino et al., *De los Imperios a las Naciones*. Zaragoza: Editorial Iberoamericana, 1994, pp. 48-49.

56 Ramón María Serrera ha reflexionado en torno a las dificultades que supondría trasladar, sin más, el modelo de tres órdenes a la sociedad colonial americana. En América no se observa un “estamento nobiliario” sino “(...) la variante ultramarina de un sector dado de la nobleza castellana (...)”. El tercer estado comprende, por exclusión, al 98% de la población y, puesto que, a diferencia del modelo europeo, se encuentra atravesado por el factor étnico, es posible pensar en un cuarto estado para el caso americano. Finalmente, el estamento eclesiástico es el único que podría asimilarse a su homónimo europeo atendiendo a su definición jurídica y a los mecanismos de adscripción de sus miembros. Véase, Ramón María Serrera, “Sociedad estamental ...”, pp. 45-74.

57 En el Virreinato del Perú, la creación de repúblicas de indios se encontraba dentro del proyecto que el Virrey Toledo puso en marcha, con la anuencia de Felipe II, a partir de 1570. Ni éstas ni ninguna de las repúblicas de indios erigidas en otros espacios como Nueva España respondieron al ideal de segregación pues como señala Manuel Lucena Giraldo, “en ellas hubo desde el principio negros y castas mezcladas y el mestizaje urbano (...) surgió desde el primer momento”, en *A los cuatro...*, p. 89.

distintos grupos se produjeron de todos modos y, al cabo de dos siglos, Alonso Carrió de la Vandera se encontró con una sociedad en la cual:

Desde Lima a Jujuy, que dista más de quinientas leguas, sólo se encuentran españolas de providencia provisional (...) y todo el resto hacen sus conquistas españoles, negros, mestizos y otras castas entre las indias, como lo hicieron los primeros españoles, de que procedieron los mestizos. Estas mezclas inevitables son las que disminuyen más el número de indios netos<sup>58</sup>

Cuando accedió a la información, como en Buenos Aires, el viajero presentó un resumen del número de almas e indicó la presencia de blancos españoles, de indios, negros y mulatos<sup>59</sup>. En el resto del trayecto no logró un averiguamiento tan preciso y, por ese motivo, los grupos étnicos no aparecieron cuantificados sino que se aludió a ellos en la medida en que amenazaron la continuación del viaje o fueron protagonistas de las distintas anécdotas reproducidas en *El lazarillo de ciegos caminantes*.

Dado que en la América española, el status legal y las perspectivas de cada individuo dependían de su calificación racial, sorprende la generalización efectuada por el viajero. Alonso Carrió de la Vandera pudo distinguir con claridad a los grandes grupos, es decir, españoles, negros, mestizos e indios pero no sucedió lo mismo con las infinitas mezclas surgidas de las uniones entre ellos. Solo se refirió, como hemos señalado, entre las posibles combinaciones, a los mulatos e indios. Para él no fue relevante -o no consideró relevante para sus destinatarios- otorgar más precisión sobre tal diversidad étnica.

La polémica sobre el hombre americano se reeditó en el Siglo de las Luces con una connotación distinta a la que tuviera en el siglo XVI cuando Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda debatieron sus ideas en las Cortes de Valladolid. Por entonces se discutía si correspondía efectuar una guerra justa, si los indígenas eran portadores de almas o, si en otras palabras, eran seres humanos o si eran susceptibles de ser esclavizados<sup>60</sup>.

En el siglo XVIII la cuestión no se ciñe al indígena pues, como consecuencia del mestizaje, una incontable cantidad de castas habitaban las tierras americanas. La pregunta, más general y tal como se la formulara Buffon fue si había sido positivo o no para la humanidad el “descubrimiento” del Nuevo Mundo. Esto, precisamente cuando, por primera vez, en el mundo se debatía en torno a la existencia de las razas. En otras palabras, si América había sido positiva o había degradado a la humanidad<sup>61</sup>.

58 Concolorcorvo, *El lazarillo...*, p. 228.

59 *Ibidem*, pp. 40-41.

60 David Brading, David, Cap IV “El Gran Debate”, en *Orbe Indiano*, México, Fondo de Cultura Económico, 1991, pp. 98-121.

61 Véase; Elliott, John H., *El viejo mundo y el nuevo, 1492-1650*, Ed Alianza, Madrid, 1997, pp. 17 y 18. Además, de la polémica del hombre americano, Buffon extendió la inferioridad a las

Por otra parte, la verificación de mezclas dificultaba la movilidad vertical dentro de la sociedad y condicionaba los hábitos y las posibilidades de sus portadores. En Potosí, por ejemplo, el viajero daba cuenta de la diversidad y de sus implicancias en la dinámica social cuando apuntaba que les estaba vedado el acceso a los cargos públicos a quienes no acreditaran la pureza de sangre: “tiene su cabildo secular, compuesto de dos alcaldes y varios regidores, en cuyos honoríficos empleos interesan a cualquier forastero, sin más averiguación que la de tener la cara blanca y los posibles suficientes para mantener la decencia”<sup>62</sup>. El grupo que distinguió Alonso Carrió de la Vandera fue el propio, el de los blancos pero no señaló, por ejemplo, que el requerimiento de pureza de sangre se encontraba estrechamente ligado a la dimensión que había adquirido en América, desde el siglo anterior, la venta de cargos públicos.

Veamos otro caso donde el viajero mostró su percepción de la estratificación social. Observó que si se transgredían los límites que imponía la pertenencia a una casta, se generaban situaciones como el siguiente episodio protagonizado por una mulata en Córdoba:

Me contaron que recientemente se había aparecido en Córdoba cierta mulatilla muy adornada, a quien enviaron a decir las señoras se vistiese según su calidad, y no habiendo hecho caso de esta reconvencción la dejaron descuidar y, llamándola una de ellas a su casa, con otro pretexto, hizo que sus criadas la desnudasen, azotasen, quemasen a su vista las galas y le vistiesen las que correspondían por su nacimiento, y sin embargo de que a la mulata no le faltaban protectores, se desapareció, porque no se repitiese la tragedia<sup>63</sup>.

Los ejemplos podrían multiplicarse pero siempre encontraríamos a los mulatos y mestizos como únicos exponentes de las incontables mezclas habidas en América. En cualquier caso, es evidente que las observaciones del viajero se vierten pasadas por el tamiz de sus apreciaciones. De hecho, muy próximo a finalizar su travesía, cuando se detuvo en Cuzco, estableció una jerarquía donde “los negros civilizados en sus reinos son infinitamente más groseros que los indios”, y, precisamente a partir de la música que había observado tantas leguas más atrás, dictaminó:

---

especies animales americanas, pues allí no había rinocerontes, ni leones, ni hipopótamos, ni camellos. Véase Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica: 1750-1900*. Ed. FCE, México, 1975. El mismo autor traza una genealogía donde realiza un itinerario sobre la relación entre superioridad o inferioridad de los distintos hombres en relación con los climas que habitaron. La polémica data de la antigüedad clásica pasando por el Medioevo para llegar luego al Renacimiento, a Maquiavelo y Guicciardini. Queda a un lado Bodin porque sus teorías no le asignan un destino particular al Occidente. Idem, pp. 33-36. Gerbi sostiene también que De Pauw tuvo un pensamiento mucho más radical que el de Buffon respecto de la inferioridad del hombre americano: “(...) no es un niño crecido, es un degenerado” (...), Idem, p. 50.

62 *Ibidem*, p. 145.

63 *Ibidem*, p. 59.

Las diversiones de los negros bozales son las más bárbaras y groseras que se pueden imaginar. Su canto es un aúllo. De ver sólo los instrumentos de su música se inferirá lo desagradable de su sonido (...) En lugar del agradable tamborilillo de los indios, usan los negros un tronco hueco (...) y sus danzas se reducen a menear la barriga y las caderas con mucha deshonestidad (...) sólo se parecen las diversiones de los negros a las de los indios, en que todas principian y finalizan en borracheras<sup>64</sup>.

Los prejuicios europeos del viajero se hicieron patentes en esta cita donde, sutilmente, justificó el rol subordinado al cual estos grupos quedarían confinados. Las categorías de negros e indios que destacó Carrió resultan insuficientes para comprender la complejidad que existe dentro de cada grupo. Pero fue esto lo que su mirada europea pudo advertir. Las diferencias entre blancos, negros e indios le resultaban evidentes desde su posición de “observador” europeo porque en América, definir a los grupos como “negros” o, sobre todo, como “indios” implicaba reproducir la nominación utilizada por los españoles y no la percepción que estos grupos tenían de sí mismos en tanto aymaras, quechuas, u otro etnónimo. Como es sabido, no todos los negros procedían del mismo lugar de África ni tenían la misma cultura y ni siquiera tenían los mismos atributos físicos. Sin embargo, nada de esto fue advertido por nuestro viajero cuya mirada “desde afuera” sólo le permitió advertir los rasgos más generales de cada grupo.

Respecto de los indios, en el *Lazarillo de ciegos caminantes* el viajero actualizó una proposición de la época en el siguiente párrafo:

¿Con qué nación, le dije, compara Usted a los indios, así por la configuración de su rostro, color y costumbres? Consigo mismo, respondió el visitador. Casi toda la nueva España anduve y todo este reino del Perú, y no hallé otra diferencia que la que se encuentra entre los huevos de las gallinas. El que vio un indio se pude hacer juicio de que los vio todos<sup>65</sup>

Sin embargo, Alonso Carrió de la Vandra se cruzó con distintas parcialidades indígenas entre Buenos Aires y Lima: indios pampas, indios avipones, indios lules e indios del Chacho y se ocupó de representarlos. Conforme transcurrió su itinerario, la definición genérica de “indios” se fue matizando pues cada grupo le mereció un tratamiento diferenciado. La adjetivación de las parcialidades siempre estuvo marcada por el modo en que se relacionaban con los españoles. Así, los indios lules fueron fieles y los indios avipones gentiles, mientras que los indios del Chaco fueron peligrosos.

Los indios eran gentiles si hacían las paces con los españoles, eran racionales si hablaban el español, o, a lo sumo, no merecían ningún calificativo despectivo si no obstaculizaban el paso de los caminantes pero, fuera de estas y otras situacio-

<sup>64</sup> Ibidem, p. 223.

<sup>65</sup> Ibidem, p. 208.



nes asimilables, la mirada hacia el indígena tuvo una connotación negativa. No hemos de reproducir pormenorizadamente todos los pasajes donde esto se manifiesta pero, valgan a modo de ejemplo algunas apreciaciones de Alonso Carrió de la Vandera respecto de los indios que, a veces junto con sus familias, iniciaban el camino hacia la mina de Potosí:

En tan largo tránsito hace esta gente [los indios] un perjuicio semejante al de la langosta, porque si ésta consume los sembrados por donde pasa, aquéllos se mantienen de los ganados, matando vacas y corderos para su alimento, sin perdonar las papas que están en sazón, a título de criados del Rey y como si fueran tropas en país enemigo.<sup>66</sup>

La cita expresa un modo de resistencia indígena puesto que estos desmanes se producían cuando iban a cumplir con la mita y la descalificación por parte del viajero revela con cuanta naturalidad veía el hecho de que estos grupos estuviesen compelidos con semejante carga. Asimismo, justificó los repartimientos, otro de las cargas que pesaban sobre la población indígena:

Finalmente, señor inca, me atrevo a asegurarle que los *repartimientos* con arreglo a arancel son los que mantienen a los indios en sus tierras y hogares. También me atrevo a afirmar que si absolutamente se prohibiera fiar a los indios el vestido, la mula y el hierro para los instrumentos de la labranza, se arruinarían dentro de diez años y se dejarían comer de los piojos, por su genio desidioso e inclinado solamente a la embriaguez.<sup>67</sup>

Como podemos apreciar, la intervención de los españoles fue, a juicio del viajero, una circunstancia que mejoró las malas cualidades de los indígenas, con lo que deja ver los beneficios que trajo la conquista del nuevo mundo en un ambiente donde el debate sobre los efectos positivos o negativos de dicho impacto, como mostramos anteriormente, se había reeditado. Para el siglo XVIII, la cuestión indígena había adquirido un renovado significado<sup>68</sup>. La Ilustración reformuló preguntas respecto a la naturaleza del indígena que habían sido dejadas de lado desde el siglo XVI. *El buen salvaje* de Rousseau y el concurso promovido por el Abate Raynal para dilucidar si había sido perjudicial o no el “descubrimiento” de América. La mirada peyorativa que advertimos en el diario de Alonso Carrió de la Vandera refleja su postura en este debate. En este aspecto, los ilustrados españoles otorgaron su impronta a la discusión puesto que tenían en sus colonias un laboratorio privilegiado para, mediante la promoción de expediciones, recoger un cúmulo de información referida a los indígenas americanos. Sin embargo, la información que se propusieron obtener no se circunscribió a aquella destinada

66 *Ibidem*, p. 173.

67 *Ibidem*, pp. 205-206.

68 David Weber, *Bárbaros. Los españoles y sus salvajes en la era de la ilustración*. Barcelona: Ed. Crítica, 2007.

a incrementar el conocimiento científico. El conocimiento de las distintas parcialidades indígenas sería provechoso, además, en la medida en que le revelara a la Monarquía como habría de vincularse con cada grupo para optimizar los beneficios de dicha relación. Los intercambios comerciales y los tratados fueron dos instrumentos que el reformismo supo aplicar atendiendo al pragmatismo con que enfrentó cada situación<sup>6970</sup>.

La desigualdad fue una constante en las sociedades de Antiguo Régimen pero la especificidad que este aspecto tuvo en la América española fue el producto de un proceso cuyos inicios pueden rastrearse en el siglo XVI y encontraron su máxima expresión en el debate que sostuvieron Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda antes las Cortes de Valladolid. En el siglo XVIII, el tratamiento de la cuestión indígena no se encontraba resuelto. Alonso Carrió de la Vandra describió a grandes rasgos el mosaico multiétnico con que se encontró pero no se propuso reflexionar sobre dicha desigualdad, ni se preguntó por la naturaleza del indígena ni consideró cómo podían serles funcionales a los objetivos del reformismo. Se limitó a describir lo que vio y a indicar su posición al respecto.

#### IV. CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos mostrado las percepciones de Alonso Carrió de la Vandra respecto al comercio interregional, los procesos de urbanización y la sociedad tardocolonial y hemos constatado que, en todos los casos, el relato es de corte descriptivo. La exhaustividad con que el viajero se ocupó de las recomendaciones para el tránsito por las postas, la información que brindó sobre las ciudades y parajes y la gracia con que contó diversas anécdotas lo hicieron merecedor del calificativo con que él mismo se imaginó: “guía para ciegos”. Sin embargo, los registros susceptibles de orientar a los caminantes mostraban tan sololos aspectos superficiales de una realidad cuya comprensión requeriría de un análisis más profundo del que un viajero estaría dispuesto a realizar.

Alonso Carrió de la Vandra sabía que los mismos datos que en su diario de viaje destinaba a otros viajeros se convertirían, además, en una herramienta de utilidad cuando cayeran en manos de los historiadores. Y no estaba equivocado puesto que a través de las fuentes escritas, como *El lazarillo de ciegos caminantes*, los historiadores pueden aproximarse a las sociedades del pasado. Nuestro viajero comprendió la diferencia que había entre escribir un diario de viaje y escribir la historia:

69 Elliot, ..., p. 17 y Antonello Gerbi, ..., p. 45..

70 Weber, David, “Borbones y Bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos”, en *Anuario IEHS*, 13, 1998, pp. 147-171. Entre los ilustrados españoles quien mejor advirtió esta situación fue Campomanes. Este secretario de Carlos III propuso terminar con el monopolio y entablar relaciones comerciales con los indígenas Campomanes. Conde de Campomanes, *Reflexiones sobre el comercio español a Indias: (1762)*, Ed. Instituto de Estudios Fiscales Madrid, 1988.

Los viajeros (aquí entro yo), respecto de los historiadores, son lo mismo que los lazarillos, en comparación de los ciegos. Estos solicitan siempre unos hábiles zagales para que dirijan sus pasos

Aseguran su subsistencia. Aquellos, como de superior orden, recogen las memorias de los viajeros más distinguidos en la veracidad y talento<sup>71</sup>.

La tarea del historiador era de un orden diferente a la del viajero. Difería el tiempo y el modo en que se efectuaba la observación dada la distancia con que uno y otro reflexionaban acerca de los distintos fenómenos. Es cierto que Alonso Carrió de la Vandra no estableció la distancia del historiador respecto de los fenómenos observados; puestos a realizar comparaciones, su labor fue más asimilable a la de un etnógrafo<sup>72</sup>. Además, el registro del viajero y el registro del historiador se diferenciaban en términos cualitativos tanto como, siguiendo a Braudel, el tiempo de los periodistas o cronistas, el tiempo de los economistas y el tiempo de los historiadores. Cada uno de ellos podía captar los procesos propios de su tiempo. En este sentido, aquí proponemos asimilar el tiempo de los cronistas al tiempo de los viajeros, un “tiempo corto, a medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia”<sup>73</sup>; un “tiempo a la medida y ritmo del acontecimiento cotidiano (...) cortado a la medida del individuo y de sus experiencias más inmediatas”<sup>74</sup>.

El viajero advertía la pobreza o riqueza de los edificios eclesiásticos, la amistad o la peligrosidad de las parcialidades indígenas así como sobre el resto de las cuestiones aquí reseñadas, a partir de los datos recabados en su experiencia de viaje. En general, las vicisitudes advertidas en su trayectoria se mostraron mediante un registro episódico que no se propuso indagar respecto a la profundidad histórica de los procesos que habían dado lugar a la sociedad tardocolonial tal cual el viajero la conoció. Tales procesos fueron los que organizaron la exposición de este trabajo: la estructuración del espacio peruano, el desarrollo de la urbanización y la construcción de una sociedad colonial ... Cada una de las aristas reseñadas por Alonso Carrió de la Vandra contenía rasgos de aquéllos procesos y, por tanto, para una adecuada comprensión de los episodios relatados es necesaria su inserción en la coyuntura y la estructura que los enmarca y envuelve. De esto se encargarían los economistas y los historiadores respectivamente. Los primeros se ocuparían de los ciclos económicos y de los fenómenos que perduraran varios

71 *Ibidem*, *El lazarillo...*, p. 29.

72 Así descrita, la labor del viajero puede ubicarse a mitad de camino entre la del historiador y la del etnógrafo. Más comprometido con la realidad del grupo que observa que el historiador pero menos involucrado con él que el etnógrafo. Agradezco al referee anónimo de este artículo esta observación.

73 Fernand Braudel, “La larga duración” ..., p. 65.

74 Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Braudel y las ciencias humanas*. Barcelona: Montesinos, 1996, pp. 37-38.

años mientras que a los segundos les quedaría reservada la larga duración, la estructura determinante del resto de las temporalidades que solo “se comprenden a partir de esta profundidad, de esta semiinmovilidad”<sup>75</sup>.

Las descripciones que los historiadores encontramos en *El lazarillo de ciegos caminantes* hemos de entenderlas en el marco de los procesos históricos de los que fueron producto. Esto no quiere decir que por ser superficial, lo registrado por Alonso Carrió de la Vandra resulte desdeñable para la historia sino todo lo contrario. El mismo Braudel sostuvo que “la historia es la suma de todas las historias posibles (...) el único error (...) radicaría en escoger una de estas historia a expensas de las demás”<sup>76</sup>. Dejemos entonces que el ojo de nuestro viajero, mientras se desplaza y observa, sea el encargado de captar el nivel del acontecimiento. Su tiempo será el tiempo corto, el tiempo del acontecimiento, el tiempo a la medida de la individualidad de un funcionario blanco y español que se desempeñó en el ámbito urbano. Si lo dicho hasta aquí, aplicable a Alonso Carrió de la Vandra, puede extenderse a otros viajeros será una tarea para futuras investigaciones.

75 Fernand Braudel, “La larga duración” ..., p. 74.

76 *Ibídem*, p. 75.